~~ESPIADOR~~ DE PECADOS

Néstor Cánchica

ESPIADOR DE PECADOS

Néstor Cánchica

avant
editorial

Primera edición, abril de 2026
© Néstor Cánchica, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500
Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 979-13-88206-35-1
THEMA: FF-FHx
DEPÓSITO LEGAL: xxxxx

A Geraldine Aristimuño Toledo,
mi otro corazón.

El dolor es un lugar que no se conoce hasta que se transita;
algunos, nos quedamos a vivir en él.

Faiga Müller

UNO

Mientras amoldaba su delgado cuerpo al asiento del avión que lo trasladaba a Madrid, a la universidad Alcalá de Henares, donde de manos del rey Felipe VI recibiría el premio Miguel de Cervantes, bebía un trago de *scotch* y, mientras observaba de forma oblicua la sombra de las pequeñas nubes reflejadas sobre el mar, pensó en el párroco cuyo nombre ya no recordaba bien. Pensó en su madre de forma fugaz y luego, como si estuviera proyectado en una pantalla gigante, contempló el venerable rostro surcado por arrugas y coronado por motas de algodones de su abuela Tarsicia, culpable absoluta de que se hallara en aquel avión, culpable de su amor por el idioma, las letras, los libros y la literatura en general. En cruel contraste, le vino la fotografía de primera plana que mostraba la cara del monstruo, a quien no tuvo el valor de conocer en persona, y no pudo evitar que la piel se le erizara.

Pasado el recuerdo, volvió a paladear el licor ambarino mientras reflexionaba en su carrera: sus incontables artículos para prensa, los once libros de ensayos, los siete de relatos y las diecinueve novelas que había producido hasta ahora. Diez *best-sellers* encabezaban su robusto currículum traducidos a más de treinta lenguas. Cinco adaptaciones al cine con estridente éxito lo habían convertido en una celebridad y en un hombre rico; mucho más de lo que hubiera podido soñar; aunque, y esto vale la pena resaltarlo, trataba de vivir con modestia y discreción en

todo momento, porque en cierta forma creía no merecer lo que con tanto esfuerzo y talento se había forjado. Era la razón por la que exigía a sus casas editoriales que su imagen no apareciera en ninguna de las solapas de los libros. Al cabo que terminaba el *whisky,* se alisó con movimientos delicados las mangas del traje que había mandado hacer a medida para la ocasión y, casi sin darse cuenta, una lágrima gruesa le rodó mejilla abajo, entonces tuvo que apretar los dientes con fuerza para mitigar el dolor y, de forma automática, comenzó a mover los labios recitando los nombres y apellidos que se repetían con periodicidad abrumadora desde hacía casi treinta y cuatro años, sin cuyo sacrificio nada de esto hubiera sido posible.

En contraste, pensó en las casas editoriales que habían rechazado su primer manuscrito sin siquiera mirarlo y recordó el afiebrado impulso que, como un fuego incontrolable, lo había llevado a gastarse los ahorros de su madre y abuela para publicar aquellos quiméricos mil ejemplares, que significaron su debut en el mundo literario. Fueron tiempos duros donde, a pesar de no tener idea de cómo funcionaba el negocio de los libros, mantuvo una fe ciega e inquebrantable en su trabajo; en que su novela se convertiría en un suceso, aunque de esto solo hablaba con su abuela (su primera y única lectora), quien, tras acabar la versión final de aquel manuscrito, dijo con la mirada que acaso tendría un profeta: «Coño, Joseíto, no está nada mal para ser un primer libro. Los demás serán mejores, e incluso, alguno se convertirá en clásico; eso, por supuesto». Luego de la valoración quedó convencido de que iba por el camino correcto, y no solo aspiraba alcanzar el éxito, creía, además, que se haría tendencia en las letras en su país; y aunque esto ocurrió eventualmente, sabía que nada hubiera sido posible sin la sangre de aquellos niños, aquellos que el mundo había olvidado para siempre, pero

que él jamás había podido. Era su pesada cruz y la llevaba a cuestas lo mejor que le era posible.

Se llamaba José Pantaleón y, aunque en sus primeros años de vida sintió vergüenza de portar solo un apellido, ahora lo llevaba con orgullo porque le había alcanzado para convertirse en el escritor caribeño vivo más exitoso de América. En Europa, lugar donde residía desde hacía casi cuatro décadas, su nombre se hizo referencia obligada y, además, a propósito del Cervantes, había llegado a la editorial una carta presidencial de su país de origen, donde le informaban que se había creado un importante premio (quizá el más importante de todos) que llevaba su nombre, algo que, según la crítica, tenía más que merecido si se tenía en cuenta que, desde hacía diez años, era sempiterno candidato al Nobel. Tenía cuatro doctorados *Honoris Causa,* y para aquellos que no habían leído aún su biografía (desautorizada) no tenían manera de saber que nunca tuvo acceso a una educación superior y que, él mejor que nadie, estaba consciente de que no hubiera pasado de ser un don nadie. Acaso otro muerto de hambre viendo pasar sus sueños frente a sus ojos, resignado a que las cosas buenas no estaban hechas para gente como él. Tal vez, en el mejor de los casos, su presencia hubiera servido para que lo señalaran con el dedo en alguna reunión de su humilde barrio. «Ese negrito de ahí, el que acaba de llegar, es el hijo de Clementina, el nieto de la vieja Tarsicia, el que dizque escribió un libro».

El cadáver de Jesús Eduardo Marín Ramírez apareció sentado en un banco del parque con algo entre las manos que parecía mirar, y no fue sino hasta el mediodía, cuando una distraída

secretaria le pidió fuego, que notó que el chico estaba muerto. El parque era frecuentado por caminantes de tercera edad, mascotas, amas de casa con sus críos y, además, era sitio obligado para oficinistas que almorzaban o hacían sobremesa en sus zonas verdes. Cuando empezaba a obscurecer era concurrido por uno que otro vagabundo, pero, sobre todo, por adolescentes que bebían sus primeros tragos de alcohol, fumaban algún porro de marihuana y que, amparados por las tinieblas, se manoseaban y practicaban sexo oral en un frenético intento por dar desagüe a sus incontrolables hormonas. Por eso no sorprendió demasiado que el occiso perteneciera a este último grupo. No obstante, los cuerpos siguieron apareciendo con el pasar de las semanas, siempre en la misma posición en parques o plazas públicas a razón de uno por mes, en un radio no mayor a cincuenta kilómetros. Cuando la noticia se coló a la prensa hubo un pánico generalizado, y las autoridades, incapaces de dar con el o los asesinos, hubieron de recurrir a regañadientes a su arma secreta, un párroco Jesuita que por aquellos años purgaba una suerte de exilio en la ciudad.

Se llamaba Serafín Manuel Aristimuño de Almeida y la excomulgación le había venido a propósito de las irrefutables pruebas que juntó contra el cardenal Jean Marie Tousat, quien resultó ser la verdadera cabeza de una red de corrupción y pedofilia incrustada en Roma desde hacía décadas. Saltándose las advertencias de varios de sus colegas del Grupo Pietro, Serafín imaginó, a partir de ese momento, que no solo estaba haciendo justicia divina, sino que su carrera iba a sufrir un cambio formidable ganando el favor del Pontificado en pleno, y esto, por supuesto, habría de convertir al Grupo Pietro en una pieza clave en el tablero de la máxima sede; en intocables al más alto nivel. Sin embargo, muy lejos estaba el sacerdote de tal

anhelo, puesto que su intrépida investigación resultó en todo lo contrario. El cardenal Tousat tenía un pasado del que nadie sabía. Sus primeros años de noviciado los había realizado en la ciudad de Flandes, en el seminario Hazebrouck, justo el mismo, y al mismo tiempo, que su santidad, y desde siempre fueron «cercanos», muy «cercanos»; por tanto, lo que ganó con su gran investigación fue nada menos que ser excomulgado por un año, poner en tela de juicio el papel que jugaba el Grupo Pietro y, luego, la expulsión. Además, y como si lo antes mencionado hubiera sido poca cosa, el mismo príncipe de la Iglesia reafirmó su autoridad enalteciendo la imagen de su amigo, girando instrucciones para que a Serafín lo enviaran sin escalas al Tercer Mundo.

Desde su metro con setenta, el sacerdote aguantó erguido el castigo impuesto y, al abandonar El Vaticano, apenas si llevó consigo dos maletas, una con sus instrumentos de investigación y la otra llena de sus libros de ciencia más imprescindibles. Fue por su aguda inteligencia y especial atención al detalle, que a temprana edad fue reclutado desde Valladolid-España, junto a un selecto número de novicios venidos de varias partes del mundo, a un campamento donde fueron sometidos a una serie de entrenamientos físicos y arduas pruebas psicotécnicas, que pasó con éxito, logrando entrar a prueba en El Grupo Pietro, un concilio que el actual Sumo Pontífice despreciaba y llamaba de manera despectiva «La Grupete». Esta élite eclesiástica, que persistía pese a todo y todos, había sido creada en completo secreto por el papa Urbano V y era una suerte de apéndice que investigaba y actuaba en situaciones extremas: *complots* de sociedades secretas, robos internos al patrimonio de la Santa Iglesia, muertes inexplicables o anómalas que tuvieran raíz en lo sobrenatural y, además, algunas veces, tomaban casos mundanos y

embarazosos, donde el nombre de la santa sede pudiera verse comprometido o desprestigiado, en los cuales hacían justicia por mano propia; eso sí, de la manera más discreta y silenciosa.

Pese a lo doloroso del destierro, el padrecito Serafín, como lo llamaban en su modesta congregación, no se echó al abandono. En pocos meses fortaleció su espíritu, volviendo a ser aquel hombre enérgico, generoso y jovial que todos apreciaban. Jamás se le vio doblegado y, pese a andar por sus cuarenta años, Serafín aparentaba ser una década más joven a causa del ejercicio y su natural constitución física; y aunque se hallaba lejos de su elemento, nunca renunció a su aguda perspicacia, a su naturaleza detectivesca. Muestra de ello fue que, apenas a un año de su llegada a la capital caribeña, esclareció un horrible asesinato, dejando atónitas a las autoridades; aunque, eso sí, sin que su nombre se mencionara fuera de los muros de la comisaría.

Una tarde, mientras dos niños de entre diez y ocho años se bañaban a orillas del río Guaire como si tal cosa, vieron una bolsa sellada y redonda que flotaba y como les llamó tanto la atención, enseguida se pusieron en persecución, pero cuál no sería su sorpresa al abrirla y en vez de una pelota de fútbol se encontraron una cabeza humana mutilada y desfigurada. El caso de «La Cabeza del Guaire» se volvió célebre no solo por grotesco e inusual, sino porque, tras dos meses de investigaciones, la Policía no daba con la identificación de la persona a la cual había pertenecido, y como ni siquiera pudieron determinar el sexo de la o él decapitado, y a causa de las muchas presiones de la prensa y las autoridades superiores, la Policía no tuvo otro remedio que acudir desesperada a los jóvenes que recién hacían sus pinitos en antropología forense, quienes, en cuestión de días, reconstruyeron la dichosa testa.